

prodigio que, espeluznada, ella misma *rehuye*, tapa y esconde.

Nuevos y macizos cimientos trataran entonces de rellenar el abismo que irremediamente se ha abierto. Uno de ellos es el ya referido afán de dominación técnica. Otros -infinitamente mas sangrientos- son los constituidos por el afán de dominación sin mas, por la voluntad de dominio total. El totalitarismo, en efecto (ya sea nazi o comunista), no surge por casualidad en esta época. Es uno de sus hijos: hijo espurio, pero hijo al cabo: como el repulsivo de la modernidad, como el fruto podrido que brota cuando se hace radical y absolutamente imposible aceptar la ausencia de destino, el tambaleamiento del ser que estos azarosos tiempos conllevan.

Mucha entereza se precisa para ser moderno. Duro es responder al arriesgado desafío que lanzan estos tiempos desconcertantes. Pero es necesario, imprescindible: imprescindible en particular que los intelectuales no caigan

en los espejismos que, para tratar de conjurar su zozobra, la modernidad ha inventado; en los espejismos en los que, aparte de la nutrida tropa de miles de intelectuales, también cayeron (pensemos en un Ezra Pound, en un Céline, en un Sartre, en un Aragon...) tantos y tan grandes creadores. Martin Heidegger fue indudablemente uno de ellos. Sus manos están sucias. Su caso nos recuerda que los más grandes genios también son hombres: pequeños y viles como pueden serlo los hombres. Lo curioso es que de los numerosos intelectuales que se mancharon dando su apoyo al totalitarismo de uno y otro signo (la mayoría se lo dieron, es cierto, al comunismo), sólo a Heidegger se le pidan ahora tan virulentas como justas cuentas.

Es curioso. Y sobre todo lamentable, pues hubiera podido ser ésta una magnífica ocasión para plantear el problema de fondo que constituye el compromiso que algunos de los más refinados espíritus de este siglo contrajeron con

algunos de sus mas refinados horrores.

NOTAS

¹ V. Farías, *Heidegger et le nazisme*, Verdier, Paris, 1987, contraportada.

² *Ibid.* pág. 175.

³ Si nadie osaría hacerlo, es por dos razones esenciales que destaca R. Legros en uno de los mejores artículos publicados en este debate: porque la concepción romántica (y heideggeriana) del *espíritu de un pueblo* "no entraña en absoluto la idea de una superioridad natural de un pueblo sobre los demás"; y porque si tal concepción postula el *culto* del Estado, "alzado al rango de autoridad suprema y absoluta", dicha autoridad no encuentra su legitimidad en sí misma, sino que la extrae del derecho: derecho impuesto pues a los hombres, incuestionable e irrevocable; pero derecho en fin al que ha de supeditarse el Estado, derecho que emana de una fuerza espiritual y no, como afirma la ideología nazi, de la pura fuerza bruta de aquél.

(Para todo ello, véase R. Legros, "Sur le romantisme de Heidegger", *Le messager européen*, No. 2.)

LOS INTELLECTUALES Y LA TENTACIÓN DEL TOTALITARISMO

T Z V E T A N T O D O R O V

TRADUCCIÓN DE ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

EN MAYO DE 1987, el gobierno francés decidió someter al ex-nazi Klaus Barbie a un proceso más que "público": público como pocos, para recordar a las nuevas generaciones los horrores del nazismo. Menos de un año después, alrededor del 15% de los electores franceses, es decir mas de cuatro millones de personas, concedían sus votos a un partido de extrema derecha que se jacta de haber adoptado los valores del nazismo. No hay más remedio que aceptarlo: son muchos los que no sienten ya horror ante esa ideología.

En el mismo contexto de esos hechos se inscriben asimismo algunos acontecimientos más propiamente intelectuales y relacionados con el tema "el heideggerianismo y la extrema derecha". En Francia, el primero de ellos

fue justamente el "affaire Heidegger", provocado por la publicación de Heidegger *et le nazisme*, libro de Víctor Farías en que se presentan los documentos disponibles sobre el compromiso político del filósofo. Le siguió el "affaire Beaufret": se descubrió de qué el interlocutor privilegiado de Heidegger entre sus seguidores franceses (el destinatario de su *Carta sobre el humanismo*) y el jefe, hasta su muerte, de la capilla de los heideggerianos ortodoxos, se había adherido en el curso de los últimos años a las tesis llamadas "revisionistas" (que niegan la existencia de las cámaras de gas). Al mismo tiempo, el "affaire de Man" daba de qué hablar en los Estados Unidos: se supo en efecto que este profesor de literatura, muerto en 1984, influyente propagador de la

filosofía heideggeriana y defensor de la "desconstrucción" el método interpretativo nacido de aquélla, había aclamado con alegría, en 1941 y 1942, la llegada de los ejércitos hitlerianos a Bélgica, donde él residía entonces. Y queda aún por añadir a la lista anterior el "affaire Blanchot", un poco más viejo: en su libro *Legs de l'antisémitisme en France* (Donoël, 1984, Jeffrey Mehlman recuerda los compromisos antisemitas que Maurice Blanchot, crítico literario de disciplina heideggeriana, contrajo entre 1936 y 1938.

¿Pero por qué hablar de "affaires"? Heidegger, Blanchot y de Man están lejos de ser los únicos que se adhirieron a tal o cual aspecto de la doctrina fascista entre 1933 y 1945; y tal vez pequeños de presumidos al condenar hoy a

esos autores: es fácil ser heroico a distancia. Lo que sucede es que es otro el problema: no tratamos de estigmatizar una vez más a los culpables, sino de interrogarnos sobre la significación de nuestro pasado reciente. Un punto sobre el cual está lejos de reinar el acuerdo. Acompañaron y siguieron a la obra de Farías otros diez libros por lo menos dedicados al mismo asunto y centenares de artículos publicados en revistas o periódicos, sin hablar de que ese debate propició más de una irrupción de la propia filosofía en las pantallas de los televisores. El affaire Heidegger se convirtió en una especie de affaire Dreyfus en miniatura. Y, para resumir la situación, contrariamente a lo que se hubiera podido esperar la mayoría de los intelectuales franceses se esmeraron en defender a Heidegger y a los suyos; y esta defensa es la que sigue resultando un problema. ¿En qué consiste, cual es su significado? ¿Y de qué malestar es síntoma?

LAS ESTRATEGIAS DE EXCULPACIÓN

Para tratar de ser más claros, comenzaremos por ver cuales son las principales estrategias utilizadas por los apologistas de los heideggerianos.

1. **La negación de los hechos.** La estrategia más simple consiste sin duda en negar en bloque los hechos, cualesquiera que sean las pruebas aportadas por el adversario. Tal es la estrategia a la que recurrieron continuamente los "revisionistas". El propio Beaufret declaraba en 1984 que Heidegger no había incurrido nunca en ningún acto reprochable y que el enjuiciamiento político de su filosofía era "una conspiración de mediocres en nombre de la mediocridad". El libro de Farías fue tratado a su vez de "vergonzosa falsificación" y de "denuncia calumniosa". La respuesta a estas invectivas no puede, sin embargo, ser más sencilla: está en los documentos que Farías reunió (lo cual explica sin duda que haya tenido tantas dificultades para conseguir que le publicaran ese libro). Es un hecho que Heidegger se adhirió al nacionalsocialismo. En cuanto a de Man, sugirió la deportación como "solución al problema judío", y celebró no sólo el advenimiento de Hitler sino "la conducta irreprochable de unos invasores altamente civilizados" (los soldados alemanes en Francia). Y Blanchot alentó el rechazo de los judíos, a 105

que entonces se confundía con los bolcheviques. Los hechos son irrecusables.

2. **La separación entre hombre y obra.** Entre los seguidores de esta estrategia, hay quienes actúan probablemente con buena fe: tal es el caso de ciertos críticos de Heidegger, o de Blanchot, o de de Man, que se limitan a reprochar a estos autores el no haberse arrepentido públicamente después de la guerra, el haber tratado de minimizar o de disimular su compromiso anterior -reproche que se funda obviamente en la sola biografía del individuo e ignora toda relación entre vida y pensamiento. Entre sus defensores, esta estrategia se convierte en una especie de **Contre Sainte-Beuve** superlativo: el hombre **contra** la obra. Pero la encarnación de una doctrina en la vida de su creador no es, evidentemente, más que una de tantas relaciones posibles entre las ideas y el mundo. No debemos caer aquí en simplificaciones radicales: ni considerar, **como** ciertos marxistas, que los comportamientos producen ideas con la misma monotonía que un manzano sus manzanas, ni rechazar toda relación entre las doctrinas y los actos. Entre esos dos extremos, se abre un espacio para establecer relaciones más matizadas que tomen en cuenta compatibilidades e incompatibilidades, condiciones favorables y desfavorables. No podría atribuirse al solo azar el hecho de que la mayoría de los heideggerianos se hayan situado, entre 1933 y 1945, en las filas de la extrema derecha: las ideas promovidas por Heidegger y los seguidores de su pensamiento tuvieron que constituir, a lo menos, un terreno propicio para el florecimiento de tales comportamientos. La democracia, por su parte, no se define por una tolerancia indiferente a toda clase de ideas: es afín al diálogo y no a la violencia, a la argumentación racional y no a la adoración de un **Führer** carismático, a la acción voluntaria y no a la sumisión fatalista a las tradiciones, a las ideas de universalidad y de igualdad y no al culto de los particularismos.

El libro de Karl Löwith **Ma uie en Allemagne avant et après** 1933 (Hachette, 1988), escrito en 1940 pero inédito hasta nuestros días, resulta particularmente esclarecedor en lo que respecta a la relación que nos interesa. El autor relata en él su experiencia como discípulo de Heidegger que es, por añadidura, judío; y como todo verdadero filósofo presta particular atención a las

implicaciones políticas de las ideas filosóficas -entre éstas, las que más preciosas le habían parecido en un tiempo. Contra sus propias convicciones de entonces, aprendió después que el culto del "vivir peligrosamente" conduce, "por numerosos rodeos y sin embargo en línea recta, de Nietzsche a las frases heroicas de Goebbels". Nos hace ver la medida en que poetas y escritores como Spengler, George o Gundolf, preparaban el terreno para el triunfo del fascismo aun cuando, como individuos, sintieran repulsiva la vulgaridad de Hitler y se negaran a dar a éste su apoyo. Nos recuerda que lo que perdió a los alemanes en aquellos años sombríos fue precisamente la tradición por la que se disocia a las ideas abstractas de los hechos particulares. Löwith llega así a la difícil humildad de reconocer que, en su juventud filosófica, había contribuido a la "deshumanización de lo humano" -a la destrucción de todo aquello a que se aferraría más tarde.

3. **La inexistencia de la verdad y de la justicia.** Esta tercera estrategia, comparable a una suerte de magia por simpatía, consiste en defender a los creadores del desconstruccionismo mediante la aplicación del propio método desconstruccionista. La verdad y la justicia absoluta no existen, y nos vemos confinados, siempre y necesariamente, al espacio de la ilusión del lenguaje. Las tentativas de escapar a la ilusión en busca de mayor claridad no hacen sino sumirnos más en ella. Renunciemos a condenar el pasado; esto equivaldría a hacernos la ilusión de que el porvenir puede ser diferente. Y, como se sabe, todo proyecto político es potencialmente totalitario.

En la noche de la desconstrucción, todos los gatos son decididamente pardos. Pero no nos quedemos en juegos de palabras: es posible que la verdad absoluta no exista, y sin embargo la exterminación de los judíos no es una suposición sino una verdad innegable; el bien absoluto no es sin duda cosa de este mundo y sin embargo, así como el mal se manifiesta en las denuncias que hacía Heidegger de sus colegas "judai-zados", el bien se manifiesta en lo que hicieron otros para salvarles la vida. La actitud en apariencia humilde de los desconstruccionistas (no hay certidumbre acerca de nada) me parece encubrir en realidad un extraordinario desprecio por todos aquellos que aspiran a un poco más de justicia y de

verdad. Los partidarios de Dreyfus y sus enemigos, los prohitlerianos y los antihitlerianos adolecían por lo tanto de la misma tara, y la única actitud juiciosa es la de no tomar partido nunca. Así, de Man se habría dado cuenta de que su compromiso político era un error, y habría deducido de ello que todos los compromisos políticos son erróneos. ¿No es ésta una manera un poco fácil de exculparse? **Errare humanum est:** ¿Quién podría pretender que se hubiera mostrado irreprochable en circunstancias igualmente difíciles? Pero de allí a pensar que es inhumano distinguir lo que es error de lo que no lo es, hay una enorme diferencia.

4. La incoherencia de la doctrina. Hay por último una estrategia que no consiste ya en señalar la separación entre el hombre y la obra sino sólo la que existe entre dos partes de una misma obra, de las cuales únicamente una permitiría establecer una relación entre obra y hombre. Se sugiere, por ejemplo, que el compromiso nazi de Heidegger podría explicarse por la presencia en su pensamiento de vestigios de la filosofía europea clásica: lo criticable estaría entonces en esos vestigios y no en la aportación original de Heidegger a la filosofía. Resulta curiosa esa condescendencia con la que se pretende que autores como los aquí cuestionados no se habrían dado cuenta de su propia confusión. Creo permisible dudar de que espíritus tan agudos hayan sido capaces de tal distracción, cuando el propio Heidegger afirmaba que su compromiso político estaba ligado a la esencia misma de su filosofía. Es cuestionable, también, la supuesta evolución de ciertos autores en el tiempo: si entre 1937 y 1967 se da en Blanchot lo que parece ser un cambio radical de ideología -ya que pasa de la extrema derecha a la extrema izquierda-, hay que reconocerle el mérito de la continuidad: los valores rechazados son, invariablemente, los democráticos.

LA POLÍTICA DE LOS INTELLECTUALES

Los heideggerianos de los años 1933-45 adoptaron con febril entusiasmo las más extremistas ideas políticas. Sobra decir que no se trata de un caso aislado: tanto antes como después de la guerra, un número de intelectuales probablemente superior al de ellos se entregaron en cuerpo y alma a una u

otra variante del marxismo -estalinismo, trotskismo, maoísmo, castrismo... Si añadimos a esta lista algunos casos aislados, como el apoyo -por efímero que haya sido- dado al régimen de Khomeini por Michel Foucault, descubrimos que el conjunto de partidarios de aquellas tendencias y otras por el estilo -que no eran por cierto las únicas existentes- representa una fuerte proporción del número total de intelectuales. Estamos ante un auténtico enigma: mientras que las grandes mayorías, desde hace doscientos años, han optado en los países occidentales por la democracia, los intelectuales, que son en principio el sector más ilustrado de la población, han preferido sistemáticamente a los regímenes violentos y tiránicos. Si ellos solos hubieran tenido en esos países el privilegio del voto, viviríamos hoy bajo algún régimen totalitario ¡y ya no tendríamos necesidad de votar! ¿Cómo es posible que el grueso de una población tenga un criterio político más juicioso que el de su élite? ¡Y cómo explicarse que a los intelectuales de hoy les cueste tanto digerir el pasado de sus antecesores? ¿Por lo difícil que resulta para cualquiera someterse a sí mismo a un examen de conciencia y rechazar lo que antes apreció? ¿o es necesario buscar una explicación global, dar con razones por así decirlo estructurales?

Tales razones, de existir, tienen que estar relacionadas con los principios fundamentales de nuestras sociedades. Y el principio que aquí nos interesa es el de la autonomía: esas sociedades se piensan autoconstituidas; tanto el individuo como la colectividad tienen en ellas el derecho de erigir sus propias normas. En ese contexto, la crítica de las normas existentes es una función esencial de la vida común; y los intelectuales sienten que encarnan a esa crítica. Precisamente porque el camino escogido por las mayorías es la democracia, se piensan obligados a poner a esta última en tela de juicio. Desde ese punto de vista, el heideggerianismo de hoy viene simplemente a tomar el relevo de un marxismo agotado; y, por esta misma razón, **puede** en adelante ser de izquierda. De aceptar esta interpretación, esbozada por Ferry y Renaut (en *Heidegger et les Modernes*), veríamos también de dónde podría venir la solución del problema: los intelectuales no están obligados a renunciar a su función crítica, pero podrían

ejercerla en nombre de la propia modernidad en vez de situarse al margen de ella y de rechazarla en bloque. El proyecto democrático no se ha visto plenamente realizado, y se ha comprometido a menudo aceptando alianzas dudosas; es posible por lo tanto criticar a los países democráticos a partir de su propio ideal.

También podríamos afirmar -para decir una vez más las cosas de otra manera- que desde la desaparición de las normas exteriores el modelo del arte parece estar cobrando una importancia creciente, ya que el arte es concebido según el modelo de la autonomía. Un resultado de lo anterior es que los intelectuales, los **escritores**, los artistas hayan comenzado a aplicar criterios estéticos en el dominio de la ética o en el de la política. Se ha llegado a exigir que los proyectos políticos, como las obras de arte, sean conmovedores, innovadores al máximo, capaces de proporcionar una experiencia intensa. Pero, en ese dominio, la audacia del pensamiento no resulta forzosamente atractiva; no es el extremismo sino la moderación lo que confiere valor moral a un proyecto político. Esta estetización de la política es evidente en los regímenes totalitarios; pero, de manera más disimulada, también se lleva a cabo en la vida diaria de las democracias. Las difuntas verdades reveladas no pueden ser reemplazadas por la belleza sino por un consenso nacido del diálogo, lo cual requiere algún esfuerzo.

Seducidos por la belleza de las ideas, los intelectuales deciden demasiado a menudo que las realidades correspondientes **deben** ser igualmente bellas -hasta que un día se encuentran cara a cara con un fascismo o un comunismo reales. Cuántos extravíos podrían ahorrarse si aceptaran seguir, por principio, el camino inverso: si se adhieren a una convicción únicamente cuando están dispuestos a asumir las consecuencias que eso pudiera tener en sus vidas. Hay días en que todos los sueños están permitidos.

